

Najem Wali

Palabras contra la catástrofe

(Julio 2023, traducido por Guillermo Álvarez Sellán)

Stefan Zweig escribió *El mundo de ayer. Memorias de un europeo* entre 1939 y 1941, durante sus últimos años de exilio en Brasil. La obra se publicó un año tras la muerte del escritor, en 1942. En ella, Zweig describe entre otros muchos sucesos su primer encuentro con el “enemigo” en la Primera Guerra Mundial. Ese “enemigo” se le manifestó en forma de prisioneros rusos, un grupo de soldados con los que se cruzó de manera fortuita en el caos de la guerra. A Zweig le llamó la atención que los guardas alemanes no desempeñaban su labor con especial rigor. Pasaban largos ratos sentados entre los prisioneros, a pesar de la barrera lingüística que les dificultaba la comunicación. “Intercambiaban risas y cigarrillos. Un soldado raso tirolés sacó de su cartera, sucia y ajada, las fotografías de su esposa y sus hijos y se las enseñó a sus “enemigos”, que las iban contemplando una por una y preguntaban usando los dedos si este o el otro niño tenía tres o cuatro años”. Así escribía Zweig sobre la guerra.

La escena no parecía sugerir que aquellos guardas y sus prisioneros hubiesen luchado en el frente en bandos opuestos. Intercambiaban biografías en actitud de encuentro casual en un café, personas ajenas acercándose. Es la narración la que permite a los enemigos acortar distancias y atisbar una verdad terrible: la guerra es una catástrofe a la que ambas partes se ven arrastradas sin remedio. Las historias que se cuentan les hacen entender que son compañeros de destino y que contar su historia es una lucha por el recuerdo. Por recordar que todas las personas son iguales. Ser persona es lo contrario a la guerra, que convierte a desconocidos en enemigos acérrimos.

Así es la guerra. Las personas pasan a ser enemigos por encima de todo. Algunos son enviados al frente, otros van voluntariamente para luchar y vencer por un objetivo. Por esos ideales se matarán unos a otros, aunque nunca hayan discutido cara a cara por ese conflicto previamente. Quién sabe cómo habrían sido las cosas, si se hubiesen conocido personalmente antes de la guerra. Quizás hubiesen compartido un cigarro, un café, un té o una cerveza y se hubiesen enseñado las fotos de sus seres queridos. Hubiesen contado sus historias. En lugar de eso se ven encerrados en una trinchera, rodeados de mugre, miedo y soledad, día a día bajo la sombra de la muerte, que los acecha en forma de bayoneta o dron. Al otro lado están los que atizan el fuego de la guerra, que vociferan en los medios y en los

parlamentos y azuzan a la confrontación. No son solo nacionalistas y fanáticos, o grupos que sacan tajada de la guerra. Esas personas están interconectadas y utilizan cualquier conflicto, sin importar su magnitud, para hacerlo siempre más grande. Más tarde, cuando ha sido derramada mucha sangre, cuando yacen en miles de tumbas los restos mortales de los asesinados en ambas partes, son estas mismas personas las que se sientan en las mesas de negociación y reparten el botín de guerra entre ellas.

Las brechas que rompen una sociedad se abren de manera silenciosa. Nadie sabe decir, más adelante, dónde y cuándo empezó la rotura, cómo de una diferencia surgió una división y de ella un conflicto armado. Incluso si las personas se conocían de antes, como es el caso de una guerra civil, los señores de la guerra juegan todo lo que tienen en su mano para avivar la llama del conflicto y conseguir que las personas no se conozcan, que no reconozcan al final ni su propia vestimenta. Un día, en Chipre, el Líbano, Yugoslavia, Ruanda, Irak, Somalia, Etiopía, Yemen y otras tantas regiones del mundo, las personas se despiertan para descubrir un profundo odio mutuo, se sorprenden viviendo en una comunidad que de la noche a la mañana parece estar repleta de enemigos. Vecinos y compañeros de trabajo, que hasta el día anterior tomaban algo juntos en el café, se saludaban por la calle y se daban un abrazo o quizás un beso en la mejilla, de repente se evitan al cruzarse. Familias desmembradas, llenas de desconocidos que acaban por abalanzarse unos sobre otros. Casas incendiadas, personas desplazadas de hogares, barrios, ciudades. Los lugares poblados en familia durante generaciones son abandonados y el “mundo de hoy” se convierte en un “mundo de ayer”.

La literatura nunca se ha hartado de recordarnos estas catástrofes. Envía señales de alarma en forma de historias, que nos hablan de hambre y penuria, de éxodo y muerte, de calabozos, impotencia y desesperación, los horrores que la guerra y todo conflicto armado provocan. Y la literatura observa a menudo la siguiente situación: al estallar una guerra, son los pobres los llamados a las armas; al acabarse una guerra, son los ricos los llamados a repartir el botín.

No solo Stefan Zweig hizo estas observaciones. Se pueden leer testimonios semejantes en Ivo Andrić, Nikos Kazantzakis, Erich Maria Remarque, André Malraux, Ernest Hemingway y muchos otros.

En su ensayo *La lucha del artista por la integridad*, el estadounidense James Baldwin escribía: “Los poetas (y con ellos me refiero a todos los artistas) son en última instancia los únicos que conocen la verdad sobre nosotros. Nadie más. Ni los soldados, ni los hombres de estado, ni los sacerdotes, ni los sindicalistas. Solo los poetas”. Estoy de acuerdo. Personas que escriben con entrega genuina, que sienten una responsabilidad social y que no necesariamente tienen materialización política. No absuelven a nadie ni recurren (o así cabe esperar) a las armas. Su tarea debería consistir en describir las cosas de manera insobornable. Las cosas que ven y de las que pueden dar testimonio. Deben buscar palabras que no pierdan su vigencia y

conserven su valor un siglo tras los sucesos descritos. Si tienen la sensación de que sus novelas, sus poemas, sus textos no bastan para evitar o detener la catástrofe, deben acudir a la “estética de la resistencia”, en términos de Peter Weiss. Deben buscar una base común con escritores y escritoras –artistas– pertenecientes a la otra parte del conflicto y esforzarse por una visión común que sirva para la paz y haga innecesaria toda guerra.

Esta esperanza es la que llevó a un joven Stefan Zweig a viajar a Bélgica al encuentro de Romain Rolland, un conocido pacifista de la época, con quien redactó un manifiesto contra la guerra inminente. Las enemistades y difamaciones que les granjeó este acto entre sus compatriotas no impidieron a Zweig encontrarse una segunda vez con Roland. Esta vez en Zúrich, en un hotel lleno de espías.

Aquellos encuentros serían equiparables hoy en día al viaje de una escritora rusa a Kiev o de un escritor ucraniano a Moscú, de una poeta árabe a Tel Aviv o de un poeta israelí a Damasco o Beirut. Una persona que se atreve a adentrarse en “tierra enemiga” y hablar y escribir sobre ello es una persona que pone su vida en peligro.

Visitar países enemigos y hacer un llamamiento a la paz no solo era en el “mundo de ayer” un juego peligroso. Yo mismo experimenté los riesgos cuando emprendí un viaje al corazón de “tierra enemiga” en 2007. Viajé a Israel y escribí un libro, a sabiendas de que un viaje a Israel siempre supone jugar con fuego para una persona de origen árabe. Además, la lógica del conflicto prohíbe representar al enemigo como persona, con los mismos miedos a la violencia y a la guerra.

¿Qué les queda, entonces, a aquellos que se sienten obligados a la paz? ¿Cuyas obras y creatividad pueden entenderse como un lugar, un punto de encuentro, en el que se reúnen personas en toda su diversidad, con sus diferencias y peculiaridades? Estamos en el deber de escuchar a tantos y tantas pioneros y guías, personas que con su arte pusieron vida y obra al servicio de la paz. Redactar manifiestos en favor de la paz, intercambiar ideas para evitar militarismo y guerra, escribir novelas antibélicas, todo ello son formas de la estética de la resistencia, que un día puede darse como reacción al armamento y quizá pueda frenar una guerra.

Esta es la base sobre la que se originó el proyecto *Diálogos literarios por la Paz*, que se celebran por primera vez este año con el título *Diálogos de Westfalia por la Paz* en conmemoración de los 375 años de la Paz de Westfalia y ya tienen continuación planeada para el año próximo con diálogos sobre el conflicto en Irlanda del Norte.

Durante años me ha acompañado esta idea: escritoras y escritores provenientes de dos países o regiones en permanente conflicto, y desconocidos el uno para el otro, desarrollan visiones para una forma alternativa de diálogo, que pueda dar nuevos impulsos en un

enfrentamiento político anquilosado. Con su disposición a escuchar y su apertura al acercamiento, deben identificar los puntos de vista y prejuicios predominantes en sus respectivas sociedades civiles, cuestionarlos y ponerlos en relación con los discursos políticos oficiales, analizando esas interacciones. Y es que los poetas, y uso “poeta” en el sentido de James Baldwin, tienen en común la capacidad de ver y representar los conflictos desde otro prisma, el literario. No tienen que ajustarse a patrones ideológicos ni a estrategias políticas, sino que pueden adoptar una posición que permite observar los parámetros del conflicto – económicos, políticos, geográficos, religiosos y culturales– desde otra perspectiva.

Conozco las dificultades, quizás a veces la imposibilidad, que entraña el encuentro entre personas provenientes de dos trincheras irreconciliables, que se reúnen y buscan ideas que les acerquen. Lo digo por experiencia propia: no tanto por los ataques que vengan de la propia gente, sino aún más por el miedo a uno mismo, o, mejor dicho, el miedo a descubrir que la propia visión de las cosas tenía fallos, que no era un análisis acertado. Es una cuestión de confianza en otras personas y en sí mismo, que requiere mucha paciencia. Y, sobre todo, determinación a trabajar por la paz.

Estos elementos se reúnen en el caso de nuestros autores, José Ovejero y Jordi Puntí, que han tenido la valentía de enfrentarse al reto del diálogo por la paz de este año. Fue su voluntad la que los acercó. En un comienzo partieron de posiciones enfrentadas. Jordi Puntí es partidario de la independencia de Cataluña, mientras que José Ovejero, tal y como escribe en una carta a Puntí, rechaza cualquier forma de nacionalismo, excepto en un contexto colonial. Aunque José diferencia entre independencia y nacionalismo, le parece que este último componente es muy fuerte en el movimiento catalanista, punto en el que Jordi disiente, que ve su lengua y cultura amenazadas por el estado español. Sin ser nacionalista español ni concebir la unidad de España como algo intocable e innegociable, Ovejero confiesa que a menudo le resulta difícil comprender las posturas de Puntí.

Fueron necesarios tiempo y voluntad hasta que ambos entraron en un ámbito de confianza mutua, en el cual ambos pueden exponer su postura y pensamientos sobre el conflicto político entre Cataluña y España y al mismo tiempo escuchar la argumentación del otro.

Y, oh sorpresa, después de seis meses escasos, después de muchas conversaciones y diez cartas llenas de reflexiones, ambos autores han conseguido formular un acuerdo general, recogido en un texto común, sobre caminos que deberían seguirse para alcanzar una solución o al menos una desescalada del conflicto entre España y Cataluña.

Para encontrar este camino, José Ovejero y Jordi Puntí se han acercado y han analizado minuciosamente las posiciones enfrentadas, sin odios ni arrogancia, sin prejuicios ni soberbia. El resultado es un texto que presenta impulsos y enfoques para una paz y reconciliación

duraderas. Este texto en común, así como sus cartas de acercamiento sobre el conflicto actual, sobre las esperanzas y los miedos de las personas a ambos lados del enfrentamiento y la relación con las posiciones políticas de los partidos, se publicarán en un libro, de modo que todos podamos entender mejor los pensamientos de estos grandes autores y sus pasos por una solución literaria al conflicto.

En un el “mundo de ayer”, hace casi 100 años, se encontraron el austríaco Stefan Zweig y el belga Romain Rolland para trabajar por la paz. El español José Ovejero y el catalán Jordi Puntí hacen lo propio en el mundo de hoy en día.

Hace falta valor para intentar entender la parte enfrentada y relativizar el propio punto de vista. José Ovejero y Jordi Puntí se han atrevido a romper un tabú con su negociación literaria por la paz en el conflicto Cataluña-España. Los autores merecen por ello respeto y reconocimiento a su labor.

Los *Diálogos de Westfalia por la paz* de este año son el comienzo de un proyecto de larga duración, con el que queremos invitar a escritoras y escritores a encontrarse y trabajar en enfoques para la resolución de conflictos en sus países o regiones. El próximo año pretendemos analizar el conflicto de Irlanda de Norte tras el Brexit y el año siguiente las tensiones continuas entre Turquía y Grecia centrándonos en el conflicto de Chipre.

Soy consciente de que el diálogo literario por la paz no necesariamente podrá impedir la catástrofe de la guerra, pero también soy consciente de que solo de este modo, intentado buscar palabras que resuelvan conflictos, siempre sin armas, solo con diálogo, acercamiento, paciencia e introspección, solo así podremos construir un mundo más pacífico y justo, en el que podamos vivir nuestra diversidad en armonía con nosotros mismos y la naturaleza.

MUCHAS GRACIAS.